

Visita a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación
Valparaíso, Chile, 25 de marzo de 2026

Excelentísimo Mons. Kurian Mathew VAYALUNKAL, Nuncio Apostólico en Chile; Excelentísimo Mons. Jorge Vega VELASCO, Obispo de Valparaíso y Gran Canciller de esta insigne Universidad; Reverendo Fray Cristián EICHIN MOLINA, Vice Gran Canciller; Rector Magnífico Profesor Nelsón VÁSQUEZ; distinguidas Autoridades civiles: Señor Delegado Presidencial, Señor Gobernador Regional, Senadores, Diputados, Autoridades militares; estimadas Autoridades académicas, Vicerrectores, Profesores y Personal administrativo; muy queridos estudiantes.

No se imaginan lo agradecido que estoy, con qué humildad y amor les agradezco este generoso gesto que hoy tienen para conmigo. Un gesto que me emociona, que me inviste de responsabilidad, que sé que me supera con creces, pues ciertamente entre ustedes, chilenos y en el mundo, hay personalidades mucho más merecedoras que yo. Pero soy consciente de que esta distinción también tiene un carácter simbólico. Es cierto que soy yo quien la recibe, pero es imposible no ver el significado colectivo presente en una biografía o una misión. Siendo radicalmente nosotros mismos, somos igualmente obra de otros. Y en este momento estoy seguro de que lo que están resaltando es, sobre todo, la acción de otros en mí y a través de mí. En nombre de todos ellos, en nombre de ese colectivo que, como todos los seres humanos, llevo dentro de mí, hoy les agradezco. Un poeta portugués, Fernando Pessoa, decía: «Yo soy muchos».

La universidad es un lugar donde la interconexión se entiende desde el principio como un don fundamental, pues si hay un recurso que define a esta antigua institución, con más de mil años de historia, es la palabra «relación». La universidad aspira no solo a conectar la universalidad de las disciplinas y el conocimiento, sino también la universalidad de las personas. Y como gran laboratorio de esperanza social, la

universidad cumple bien su función cuando acoge a todos, con una visión verdaderamente transversal.

El Papa León en su Exhortación Apostólica *Dilexi te*, nos recuerda cómo la educación corrige las desigualdades, potencia el talento y crea comunidades humanas más armoniosas desde la perspectiva de la justicia social. No podemos olvidar que la educación es el principal «ascensor social», un factor inequívoco en el progreso personal y social, un motor para la construcción de la paz. Por lo tanto, la educación superior no puede ser un privilegio reservado a unos pocos, aunque hoy, al observar las estadísticas mundiales, debemos reconocer que, lamentablemente, aún lo es. Tenemos mucho por hacer. El Papa Francisco habló con frecuencia de la necesidad de poetas sociales que ayuden a crear nuevas visiones de la realidad.

Fomentar paradigmas para un mundo más justo, pacífico y fraterno es un compromiso de las universidades católicas. En cada época, en cada generación, la universidad es como una sala de partos. Pienso en la etimología de la palabra conocimiento, que nos involucra en un proceso de co-nacimiento. Creo que nunca valoramos lo suficiente la importancia y la belleza de los co-nacimientos que son la vida cotidiana de una escuela y una universidad. Somos generadores y mediadores de vida, somos parteros y testigos de la asombrosa aventura que es colaborar para que un ser humano pueda llegar a ser, pueda cumplir y nutrir su vocación, pueda realizar la promesa de plenitud que Dios ha inscrito en su corazón. No me cabe duda de que esto sucede cada día aquí en Valparaíso, descrito en la maravillosa oda que Pablo Neruda le dedicó con un verso que me conmovió profundamente, un verso que dice: «siempre te sorprendió la vida». Cuando leí esa oda de Neruda, me dije: un lugar que se deja sorprender por la vida es, ciertamente, un lugar especial. Mirándote, querida Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, sé que no me equivoqué.

Valparaíso es, entre otras cosas, la ciudad donde Chile delibera, donde se ejerce una buena parte de su democracia. No es casualidad, entonces, que una universidad de vocación pública tan arraigada encuentre aquí un lugar en el que florezca, pues se trata

de un territorio que conoce el peso de las decisiones colectivas y el valor del diálogo que las precede. En este contexto, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso ha mostrado a lo largo de su historia, con una coherencia admirable, una triple identidad. Es una universidad católica, de excelencia y con vocación pública.

En muchas instituciones, esta tríada genera tensiones difíciles de resolver. Estando entre ustedes, veo el testimonio de que es posible una universidad en la cual las tensiones pueden vivirse en clave de síntesis: donde la fe, lejos de restringir el pensamiento, lo orienta; donde la calidad académica, lejos de excluir a los más vulnerables, se pone a su servicio; donde la Iglesia, lejos de mirar desde fuera al mundo, lo habita desde adentro. He tenido noticias del notable crecimiento que esta universidad ha experimentado en los últimos años. Nuevos espacios se han abierto, el campus se ha expandido, los entornos de estudio y de encuentro han sido transformados. Veo en esto algo más que una simple expansión inmobiliaria; es, más bien, la identidad haciéndose espacio, la misión haciéndose lugar habitable y culturalmente compartido. Cuando una universidad crece de esta manera, con cuidado por las personas y por el territorio que la acoge, ese crecimiento es ya, en sí mismo, una concreción de su misión y de la identidad.

En el ámbito de la investigación, constato también que han adoptado una orientación que me resulta significativa desde el punto de vista teológico. Ustedes entienden el conocimiento como la escucha de las heridas del mundo, no como algo abstracto e inútil fuera del laboratorio. Una investigación sensible a la desigualdad, a la fragilidad ecológica y a las transformaciones culturales y sociales de esta región de Chile. Y aspira a ser una respuesta evangélica, no solamente un resultado académico. Gracias por su labor de testigos culturales creíbles, movilizando puentes entre pensamiento y acción, entre razón y fe, entre fe y responsabilidad social.

En el corazón de su proyecto educativo han puesto a la persona humana. Fieles a la tradición católica, descubren en el estudiante no un destinatario pasivo de una transferencia de saberes, sino un sujeto en formación integral: acompañado, incluido,

cuidado. El énfasis que su universidad ha puesto en el bienestar estudiantil, en la equidad hombre y mujer, en la integridad académica, en la apertura a estudiantes con capacidades diversas es mucho más que un simple complemento al proyecto formativo y se vuelve, más bien, su expresión más distintiva. Este camino que ustedes han trazado adquiere, me parece, una relevancia particular en el momento que vive su país. Sin pretender conocer en profundidad todas las complejidades de la realidad chilena, quizá no sea aventurado sugerir que las universidades católicas pueden y, en realidad, deben desempeñar un papel distintivo como espacios de encuentro, diálogo y búsqueda compartida en medio de legítimas diferencias.

Volviendo, si me lo permiten, a un tono más biográfico, recuerdo al joven de 17 años que fui, cuando llegué a la universidad, ilusionado como si estuviera entrando en una revelación. Lo que ese joven comprendió es lo que las chicas y los chicos de hoy pueden descubrir: que nuestros brazos pueden convertirse en alas, y que un aula, una biblioteca, un laboratorio, una asociación estudiantil o una capilla pueden ser verdaderas escuelas de vuelo. Permanecí directamente en la Universidad más de 25 años de mi vida como estudiante, responsable de la pastoral universitaria, profesor, director de una revista, director del centro de investigación, director de la facultad de teología y vicerrector. Y hoy, como prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, sigo sintiéndome parte de esta extraordinaria aventura humana que representa la universidad.

Cada universidad representa un acto fundamental de confianza en el potencial humano, como recuerda el Papa San Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, al afirmar que las universidades nacieron de la unión de profesores y estudiantes, unidos por la búsqueda de ese amor esencial a la verdad del que hablaba San Agustín. La Universidad perpetúa la alegría de buscar la verdad, descubrirla y comunicarla en todos los ámbitos del conocimiento y las relaciones. En el corazón de la Universidad late, pues, la unidad, la alegría y el compartir del amor, como recordó recientemente el Papa León durante el Jubileo del mundo educativo. Y esto les pido,

querida Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, de la que ahora me siento miembro. Sigamos asumiendo, como ya lo hacen, el reto de ser centinelas de la alegría y del servicio a la humanidad de manera constante, fieles a su identidad católica y atentos a los nuevos signos de los tiempos. La misión que se les ha encomendado es de suma importancia.

Recuerdo la emoción que me produjo leer la obra de la gran filósofa y pedagoga de la lengua española, María Zambrano. Ella describía los diversos espacios y funciones de la universidad como una experiencia que no es solo técnica o didáctica, sino profundamente espiritual. Me gusta especialmente, por ejemplo, lo que escribe sobre la importancia de la figura del profesor: «tener maestro es tener a quien preguntar y más hondamente todavía, es tener ante quien preguntarse». De hecho, necesitamos profesores y educadores no solo para encontrar respuestas, sino también para encontrar la confianza necesaria para formular las grandes preguntas que nos inquietan. En una era de transformación acelerada como la que vivimos, donde se inauguran tantas posibilidades, pero también tantas incógnitas (pienso, por ejemplo, en el impacto de la IA, la omnipresencia de la tecnología, la creciente incertidumbre y vulnerabilidad que se evidencia entre los jóvenes), necesitamos potenciar el papel de la universidad como mediadora cultural y humana.

La universidad no es una institución del pasado destinada a ser suplantada por modelos organizativos tecnológicos o basados únicamente en el lucro, como insisten algunas ideas distópicas. La universidad, y la universidad católica en particular, tiene la misión indispensable de «enseñar», es decir, de «in-signare», de «marcar con un signo», de «indicar» el camino, de abrir un proceso creativo interior, de transmitir un conocimiento multifacético e integral que luego se convierte, en manos de cada individuo, en una herramienta para ser protagonista de su propio destino. Y para contribuir con competencia y generosidad a la construcción del bien común.

La historia de la universidad es una historia de amistades: amistad por las diversas expresiones del conocimiento, amistad entretejida en la circularidad de las

relaciones que son el oxígeno y la salud de la comunidad académica, amistad por las personas, por los lugares. Creo que la universidad cumpliría bien su misión si algún día sus egresados la recordaran no solo por la calidad pedagógica y de investigación que encontraron aquí, sino también por las hermosas amistades que nacieron en ella. A veces, el peligro de las sociedades modernas es que nos convertimos en archipiélagos de soledad. La amistad es lo que nos ayuda a madurar una visión justa de quién es el ser humano, de cuál es su vocación, dignidad y misión.

Espero, pues, que la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso les ofrezca a cada uno de ustedes la oportunidad de convertirse en buenos especialistas en las diversas ciencias, pero también que los haga maestros en el precioso arte de la amistad. Cito las palabras del escritor chileno Raúl Zurita: «Que dos seres humanos se miren contiene todo el misterio, el esplendor [...] y el milagro de la existencia. Evidentemente es algo que olvidamos siempre, hasta que de tanto en tanto un signo en particular, la visión de un rostro o del instantáneo cruce con la mirada de un otro [...] nos muestra que el gran milagro (u horror) es que estamos vivos, que había infinitas posibilidades para que no fuésemos y sin embargo somos». Esta dimensión humana de la universidad tiene que ser cuidada. Ni la propia historia de la Universidad, ni tampoco su futuro, se entenderían sin la idea de la «*societas amicorum*». Y en este sentido agradezco especialmente la labor de la pastoral universitaria y de todos aquellos que, en el seno de la universidad, se dedican al arte de la cercanía y del encuentro.

La universidad es una comunidad de personas que viven en estrecha interacción mutua, generando sinergias sin las cuales el proyecto educativo y eclesial no resulta eficaz. Su riqueza solo se manifiesta cuando valora a todos los que conforman la realidad educativa y se convierte en una verdadera corporación. Quien trabaja en una universidad, de hecho, conoce la importancia vital de todos sus miembros, «asumiendo —como recomendaba el Papa Francisco— el desafío de descubrir y transmitir la “mística” de vivir juntos, de encontrarse, de darse la mano, de apoyarse mutuamente... en una verdadera experiencia de fraternidad» (E.G. 87). La universidad es un gran

laboratorio de encuentro; prepara protagonistas capaces de reinventarse en la apertura a la alteridad; la sostienen personas que creen en la belleza de la amistad social. La comunidad universitaria se fundamenta en esta escucha recíproca y en el ejercicio corresponsable de una infinidad de prácticas colaborativas, a veces muy pequeñas y cotidianas, que tienen una gran relevancia para la calidad de la vida. Educar es siempre un acto comunitario. La comunidad educativa es el terreno fértil en el que puede germinar la semilla de la educación. Hoy más que nunca necesitamos alianzas educativas para contrarrestar las lógicas de conflicto y división que marcan nuestra sociedad global. Las terribles guerras, con la monstruosa destrucción que producen, nos recuerdan la urgencia de una educación para la paz, para el encuentro en la alteridad, para la solidaridad intercultural e intergeneracional.

El Papa León con su ya esclarecedor magisterio, afirma que nos encontramos inmersos en un entorno educativo «complejo, fragmentado y digitalizado», en el que las nuevas generaciones corren el riesgo de ahogarse, y es por eso que una mística del caminar juntos encierra un gran potencial pastoral y pedagógico. Como escribió el Santo Padre en la Carta Apostólica “Diseñar nuevos mapas de esperanza”, una universidad y una escuela católica sin visión «corren el riesgo del eficientismo sin alma, de la estandarización del saber, que se convierte luego en empobrecimiento espiritual». Para salir del estancamiento de este aislamiento, es necesario «recuperar una visión empática y abierta, dispuesta a comprender cada vez mejor cómo se entiende a sí mismo el hombre hoy en día, con el fin de desarrollar y profundizar su propia enseñanza». Por esto, el Papa León lanza un llamamiento que suena como un manifiesto programático: «Pido a las comunidades educativas: desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón. Desarmen las palabras, porque la educación no avanza con la polémica, sino con la mansedumbre que escucha». Deponer el arma de la mirada que juzga significa devolver al otro su dignidad original, cultivando una mirada radicalmente inclusiva y llena de esperanza. Solo el cuidado del corazón y una visión empática pueden salvar a la cultura del frío del aislamiento. Solo el amor reaviva la imaginación. Todo esto nos confiere un mandato ineludible. Si nuestros lugares de

formación quieren estar a la altura de esta altísima vocación humana y espiritual, deben seguir siendo o transformarse cada vez más en espacios donde la percepción se convierta en amor y cuidado. La universidad es un taller del alma y una escuela de humanidad.

Querida Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, felicidades por todo lo que hacen, y procuren siempre ser fieles a la identidad y la misión de una universidad católica y pontificia. Una universidad católica tiene algo específico que ofrecer. Y no se trata de una versión más pequeña de la libertad, sino de una más exigente, con un estándar más alto, ya que sabemos muy bien que la calidad que no está orientada hacia la verdad termina por fragmentarse, mientras que la que se orienta hacia ella se vuelve más creativa, porque reconoce que siempre habrá algo más grande que cualquier resultado parcial, y esa unidad la tensiona positivamente. Esta comprensión de la calidad no cierra horizontes humanos más vastos: los profundiza. Y esa hondura es, en definitiva, lo que distingue a una universidad que piensa desde la fe, de otra que no lo hace.

Una universidad que habita este territorio sabe que pensar desde la fe también exige una estructura reflexiva. La teología es el lugar donde las disciplinas pueden dialogar sobre sus propios fundamentos y no es, por tanto, una pieza opcional del proyecto académico católico. En la la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso esa función merece ser asumida con visibilidad, como hospitalidad intelectual y no como una imposición confesional. El teólogo que conversa con el científico, con el artista, con quien se dedica al derecho, no estrecha la discusión. La ensancha y la proyecta hasta su límite, donde descubre ese horizonte cada vez mayor. Una ciudad con la densidad cultural de Valparaíso necesita una universidad que practique, sin complejos, esta forma de diálogo.

El pensamiento que no vuelve una y otra vez a la realidad concreta termina siendo un ejercicio de erudición que no sirve a nadie. La Iglesia en Chile tiene preguntas que esperan interlocutores rigurosos. Las comunidades de esta región tienen

necesidades que merecen ser pensadas con rigurosidad y desde el Evangelio. Esa es la vocación pública que ustedes han proclamado; esta es parte esencial del método que da vida a cada investigación, a cada acción formativa; no es un eslogan de esos que suenan bien en la televisión, pero luego no se aprecian por ninguna parte. Encomiendo a toda esta comunidad a la Virgen María, la *Sedes Sapientiae*. Que ella, como siempre, nos muestre el camino al *Logos*, el único capaz de darle vida y sentido a este mundo.